

Aporte de Rafael Pombo a la literatura infantil colombiana

Beatriz Helena Robledo

Tres grandes maestros de las artes visuales, dos pintores y un ilustrador, han interpretado los Cuentos pintados de Rafael Pombo: Lorenzo Jaramillo y Antonio Caballero, pintores; e Ivar Da Coll, ilustrador. Muchos otros lo han hecho, pero estos —para mi gusto— son los mejores, porque son artistas y no solo dibujantes, y porque sus versiones nos hacen comprender precisamente el carácter estético, lúdico y divertido de este libro. Parece una afirmación bastante obvia para los tiempos que corren, pero deja de serlo cuando comprendemos que fueron escritos a mediados del siglo XIX por un poeta colombiano, romántico, conservador, católico e hijo de una ilustre y aristócrata familia. Colombia, en ese entonces, estaba sumida en guerras y revoluciones tratando de definir una identidad, lejos todavía de un proyecto moderno de nación, y, por tanto, la infancia no era considerada prioritaria y menos aun el tema de la literatura infantil.

Los niños se educaban, se adoctrinaban y se formaban para ser adultos buenos y correctos. Rafael Pombo no escapó a esta intención, como digno hijo de su tiempo. Pero su genio poético, su conocimiento del lenguaje y de la literatura y su interés por la niñez, lo pusieron en un terreno que le permitió ser visionario, adelantándose a los tiempos y prefigurando una noción literaria para la infancia que se resolvería en el país muchas décadas después.

Cuando Pombo escribió Cuentos pintados, vivía en Nueva York hacía once años. Llegó a la literatura infantil por azar y necesidad. Se había quedado sin su cargo diplomático, por desafiar al general Mosquera, al temperamental y contradictorio General, y, en lugar de devolverse a su tierra, prefirió quedarse viviendo de su pluma.

En Nueva York se mueve ya como pez en el agua; ha ampliado su círculo de amistades que le ayudan a conseguir algunos trabajos esporádicos relacionados con la literatura. Luis Mantilla le propone la selección de trozos en prosa y en verso de autores colombianos para los “libros de lectura” que él está preparando.

De igual manera, consigue que la editorial Appleton le contrate la traducción y adaptación de algunas fábulas y cuentos para niños. De este ejercicio surgen sus dos primeros libros dirigidos a la infancia: Cuentos pintados, publicados en 1867 y los Cuentos morales para niños formales, en 1869.¹ No se limita a una simple traducción, sino que recrea con tanto ingenio e imaginación, que pasan a ser de su autoría. Tres o cuatro años después se habían vendido 65.000 docenas según le informaron los hermanos McLoughlin, proveedores de los grabados con que fueron ilustrados los cuentos. El primer sorprendido fue él, quien recibió apenas cien dólares por su trabajo.

Aún no se ha estudiado en el país, con suficiencia, el aporte de Pombo en el imaginario

de las letras para niños; quizás es mucho más evidente esta influencia en el imaginario de los pequeños lectores desde que salieron publicadas. Los Cuentos pintados y algunos de los Cuentos morales, sobre todo, se han grabado en el recuerdo de generaciones enteras de colombianos: “Rinrín Renacuajo”, “Mirringa Mirronga”, “La Pobre Viejecita”, “Simón el Bobito”, “Pastorcita”, “El gato bandido”, entre otros.

En estos cuentos, Pombo logró desarrollar su estética personal relacionada con la literatura infantil, sostenido por la tradición oral inglesa. Bebiendo de esta corriente oral, transforma motivos, imágenes, argumentos, con un estilo propio humorístico, socarrón y no exento de cierta ironía. De igual manera, pone a dialogar, con maestría, conocimiento profundo de ambas lenguas, de su estructura y sus ritmos poéticos y musicales, dos tradiciones: la inglesa y la colombiana.

Y aunque no es algo que se haya hecho lo suficientemente explícito, considero que un aporte importante de Pombo a las letras



infantiles colombianas y quizás latinoamericanas —recordemos que sus cuentos fueron conocidos y aprendidos en toda la América hispánica— se encuentra en la concepción y valoración del niño como lector de literatura. Esta postura está presente en todos sus trabajos dirigidos a la niñez, tanto en las obras literarias como en su obra educativa.

Veamos:

Una vez entregado el trabajo a la editorial Appleton, siguió por su propia cuenta estudiando, leyendo, traduciendo, glosando y creando nuevas fábulas para un proyecto personal que tituló: *Fábulas y verdades*. Algunos amigos, interesados en la educación popular, se enteraron de que Rafael tenía olvidadas estas fábulas entre sus innumerables papeles, y trataron de convencerlo para buscarles publicación. Le recordaron el gran éxito que tenían en Cuba y en toda la América del Sur los otros dos libros de cuentos. No tenía que ser con Appleton la edición, ¿por qué no proponérsela a Enrique Piñeyro, su amigo cubano editor del periódico *El Nuevo Mundo*? Efectivamente, el 25 de octubre de 1871 sale en *El Nuevo Mundo* un artículo anónimo —escrito por él mismo— anunciando el proyecto. El artículo tenía por título: “Libro de fábulas y verdades para la escuela y el hogar”.

Y aquí corroboramos de nuevo nuestra tesis: la fábula que más gustó a los lectores colombianos residentes en Estados Unidos fue la del caimán. Esta fábula les hablaba de sus animales y paisajes. En el libro había varias fábulas sobre este personaje habitante del río Magdalena, y no fue fácil escoger, pues todas eran muy divertidas. Finalmente, se decidió por ésta, que empezaba diciendo:

Largo, ojiverde y más feo
que un podrido tronco viejo,
pero veloz cual trineo
con que anda el animalejo.

Iba un paisano caimán
más hambriento que alma en pena
corriendo tras de un gañán
que sorprendió de holgazán
a orillas del Magdalena.

Este es apenas un ejemplo de cómo Pombo transformó un género —la fábula— creado para modelar el comportamiento, en verdaderas piezas literarias. Y aquí podríamos ubicar un segundo aporte del poeta a las letras infantiles: convertir un género didáctico en un género poético. Un estudio juicioso de Héctor Orjuela

de este libro de Fábulas y verdades, así lo demuestra.

Infortunadamente, el libro no llegó a salir a la luz pública en los Estados Unidos y sólo en 1893, estando ya en Colombia, se publica una selección de fábulas y cuentos en el primer número de la colección Biblioteca Popular, editada por Jorge Roa.

Un nuevo método de lectura

En todos sus proyectos, el creador primó por sobre el educador. Inventa un Nuevo método de lectura, en el cual elabora un verso por cada letra del alfabeto. Cree en las bondades de la poesía, tanto de la fuerza de las imágenes poéticas, como de la eficacia del ritmo y de la rima para grabar en la memoria lo que se quiere aprender.

En el prólogo a la cartilla presenta su método como algo novedoso y original, producto de la observación de los rasgos de carácter y de las aptitudes naturales distintivas de la infancia. Para el poeta-pedagogo, el niño comporta desde que nace un fuerte sentimiento del ritmo, de la cadencia y la medida de la palabra. Compara al niño con el camello, y así como este animal es

infatigable mientras esté escuchando el canto de quien lo guía y ajusta su andar al ritmo de ese canto, el niño gusta del canto de su nodriza, se adormece con él, y los cambios de su ritmo lo perturban mientras no entre en profundo sueño. Con este ejemplo, Rafael demuestra la eficacia del verso para la enseñanza. A los niños les atraen los versos, les gustan, los repiten por placer y se les fijan indeleblemente en la memoria. De aquí que el pueblo busque algo de ritmo y consonancia para sus proverbios, para la cristalización de su ciencia, experiencia y reglas de vida; de aquí también su carácter contagioso e imperecedero. De estas reflexiones nace el Nuevo método de lectura.

En su método, Rafael se adelanta a las actuales teorías sobre el papel que juega la ilustración en los libros para niños, sobre todo en la función que cumple como apoyo al aprendizaje lector, partiendo de un acertado conocimiento de la psicología y el comportamiento del niño.

También escribió una Cartilla ilustrada siguiendo los mismos principios, pero más corta y variada. Por su parte, la Cartilla objetiva o alfabeto imaginario comienza así:

Letras son las mudas que hablan;
Almas pintadas que vuelan

Las que al ausente consuelan
Llevándole un corazón.

Lenguas del muerto y del ido,
Cuenteras de lo pasado,
Herramientas y alumbrado
Que dio el Cielo a la Razón.

Contiene el abecedario
Veintinueve, de las cuales
Cinco se llaman vocales,
Consonantes las demás.

Las vocales suenan solas;
Mientras que una consonante
Sin vocal de acompañante,
No se hace escuchar jamás. 2

Demuestra Rafael un conocimiento certero de la verdadera naturaleza de los niños cuando dice que son de natural egoísta, muy preferentemente atentos a su conveniencia, lucimiento y ventaja, obedeciendo a su propia conservación.

Se da cuenta, además, de que los niños son por naturaleza crueles, a veces feroces y tienden a mofarse del desgraciado y, como los gatos, a suprimir la vida de todo lo que se mueve.

De nuevo, el poeta por encima del educador, al dibujar imágenes muy precisas de cada letra, en

un verdadero ejercicio de construcción de una metáfora:

A
La A recuerda la campana
Con que nos llama el Señor;
Y el techo, nido de amor,
De madre, esposa, hija, hermana.

B
La B y sus dos buches son
Un tercio sobre otro tercio,
Enseñando que el comercio
Hará engordar la nación.
[...]

D
Es la D luna sin cuernos
Por la mitad bien cortada;
O el sombrero de empanada
Que usan los héroes modernos.³
[...]

Este ingenioso y divertido método de lectura no fue publicado durante la vida del poeta; se dio a conocer sólo algunos años después de su muerte, cuando se hizo la primera edición de su obra completa, en 1917.

Hay que esperar a los años 30 del siglo XX para que se dé una transformación en la concepción



de la niñez, en medio de un movimiento de cambios en el país, de afán de modernización, que incluyó una reforma educativa en la que el niño pasaba a ser el centro y se consideraban sus etapas de desarrollo y las características propias de la niñez: el juego, el aprendizaje a partir de la experiencia, el niño como un sujeto capaz de divertirse, de crear mundos imaginarios y de interpretar las lecturas.

Y es quizás esta renovación del concepto de infancia el mayor aporte de Pombo a las letras infantiles. No tanto su influencia literaria directa, como el hecho de valorar al niño como lector estético, y apreciar, a su vez, lo que hoy en día llamaríamos la cultura de la niñez. En su poesía está implícita esta concepción y quizás, por ello sigue viviendo, sigue aportando significados a los niños de hoy. Por ello, Rafael Pombo continúa vivo y se sigue considerando el padre poético de los niños colombianos, en el sentido más fundacional y auténtico del término. De todas maneras fue el pionero.

Notas

1. Los primeros son doce cuadernos ilustrados para niños; siete en verso: “El renacuajo paseador”, “Simón el bobito”, “Pastorcita”, “Juan

Chunguero”, “Los tres gatitos”, “La pobre viejecita”, “El pardillo”, “El gato bandido”; tres en prosa: “Aladino”, “La venus dormida”, “Los tres osos”; y dos en prosa y en verso: “La Cenicienta” y “Nené Pulgada”. Los segundos también están conformados por doce cuadernos con cuentos en verso, con grabados: “Tía Pasitrote”, “Miringa mirronga”, “El paseo”, “El ramillete de Celia”, “El álbum de Angelina”, “El rey borrico”, “Un banquete de chupete”, “Un sarao pericante”, “Chanchito”, “El conejo aventurero”, “El rey Chumbipe” y “Doña Pánfaga o el Sanalotodo para tartajosos”, y otros.

2. Pombo, Rafael, op. cit. p. 260.
3. Ibid

Bibliografía

- DÍAZ DÍAZ, Oswaldo, “Las poesías infantiles de Rafael Pombo”, en: Hojas de Cultura Popular, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, N. ° 25-31, enero-julio de 1953.
- MERCHÁN, Rafael María, “Poesías de Pombo”, en: El Centro, Bogotá, N. ° 12, abril 27 de 1888.

MORA, Luis María, Los maestros de principios de siglo, Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldán & Cía., 1938.

ORJUELA, Héctor H., Biografía y bibliografía de Rafael Pombo, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1965.

_____, Edda la bogotana. Biografía de Rafael Pombo, Bogotá, Editorial Nelly, 1997.

_____, La obra poética de Rafael Pombo, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1975.

_____, Poesía inédita y olvidada, t. I y II, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1970.

_____, Antología poética de Rafael Pombo, Bogotá, Ediciones La Candelaria, 1975.

PEÑA MUÑOZ, Manuel, Había una vez... en América, Santiago de Chile, Dolmen Estudio, 1997.

Beatriz Helena Robledo es Magíster en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Javeriana de Bogotá, donde es profesora en el área de literatura infantil. Es escritora e investigadora en las áreas de literatura infantil y juvenil y en procesos de formación lectora, áreas para las cuales ha escrito diversas guías para docentes con distintas editoriales. Ha trabajado, desde hace unos veinticinco años, con instituciones como Fundación Rafael Pombo, Fundalectura, Ministerio de Educación Nacional, Secretaría de Educación del Distrito Capital, Banco de la República, Cerlalc, Ministerio de Cultura entre otras. Ha publicado los libros: Antología del relato infantil colombiano, Antología de poesía infantil colombiana, Antología de poesía juvenil colombiana, Siete cuentos maravillosos, Rafael Pombo, la vida de un poeta, Un día de aventuras, Fígaro, Así somos: tradiciones populares colombiana, Viva la Pola y El arte de la mediación: espacios y estrategias para la promoción de la lectura. Actualmente dirige la Asociación Taller de Talleres, de la cual fue fundadora en 1997, y es directora del Consultorio Lector, programa de atención personalizada a los problemas de lectura. Este texto fue leído en el I Congreso Iberoamericano de Lengua y Literatura Infantil y Juvenil, en Santiago de Chile en 2010 y publicado en Actas y Memoria del Congreso de la Fundación S. M. y el Ministerio de Cultura de España.